

Prólogo a *Donde la claridad misma es noche oscura*

Desde hace doce años la obra de Ricardo Prieto configura un caso realmente excepcional. No tenemos en el cuadro de nuestra literatura, que es pródiga en calidad y número de escritores, otro creador, aparte de Prieto, que haya escrito con igual felicidad narrativa, poesía y teatro.

Es frecuente que en una carrera literaria se registren intentos en algún género diverso de aquel que originaria y naturalmente inauguró la profesión de las letras. Esas incursiones suelen ser eso y no más: incursiones. A veces afortunadas, a veces infelices. En el caso de Ricardo Prieto la excepcionalidad se cumple también por otro costado del hecho: rompe con la tradición del dramaturgo que, elegido por un código arduo, poco transitado y excluyente como el teatral, queda soslayado definitivamente para otro código escriturario. En este escritor —en este polígrafo diríamos, si estuviéramos en el siglo pasado— coexisten el narrador de *El odioso animal de la dicha*, de *Desmesura de los zoológicos*, de *La puerta que nadie abre* con el poeta de *Figuraciones* y *Juegos para no morir* que comparte excelencias con la su ya abundante literatura teatral aparecida en los tomos I y II de *Teatro*, amén de otras obras recogidas en antologías, y el recordado premio Tirso de Molina de la Fundación de Cultura Hispánica de 1982 obtenido con la obra *El desayuno durante la noche*.

El lector de este volumen de Lectores de Banda Oriental se internará en la materia narrativa de siete cuentos, uno de los cuales, el que da título al libro, merece estar en la más estricta antología de los diez mejores cuentos de la literatura uruguaya.

Ricardo Prieto, uno de los “raros” que Ángel

Rama no alcanzara a conocer, parece quebrar también la parábola que habitualmente va del realismo al hermetismo, de lo concreto a lo abstracto, de lo directo a lo críptico. Quien antes se había animado a leer libros tan terribles como *Desmesura de los zoológicos* y *La puerta que nadie abre* encontrará en estos siete cuentos de hoy, decodificados, aquellos universos horripilantes y dolientes poblados de monstruos no conocidos pero adivinables.

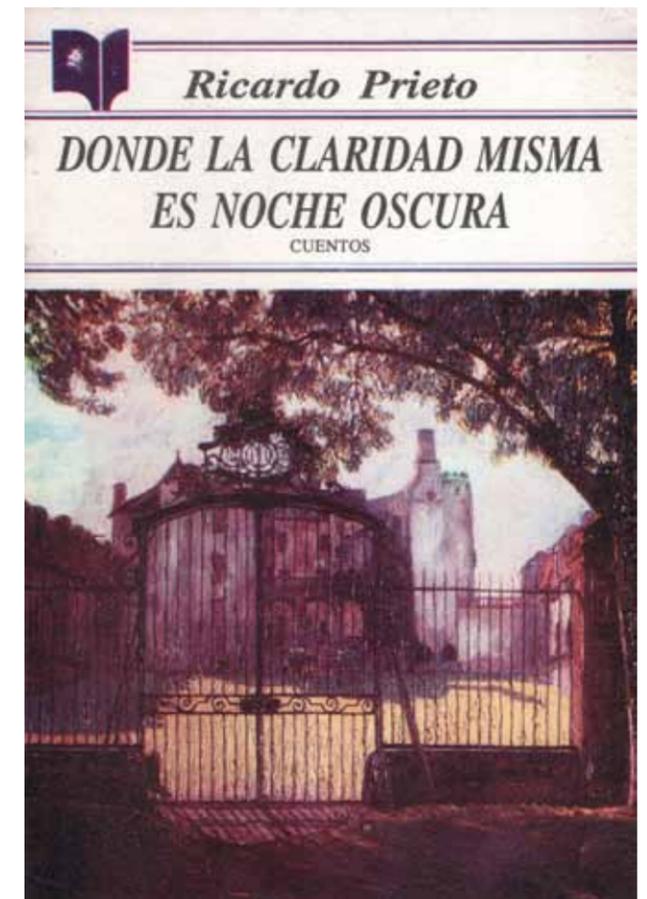
No era difícil conjeturar que por detrás del siniestro desfile de criaturas insólitas practicantes de ritos asqueantes o insoportables había una experiencia de sufrimiento que legitimaba aquella parafernalia del horror. En *Donde la claridad misma es noche oscura* Prieto decide prescindir de las claves esotéricas. Ahora los monstruos son los padres divorciados que repiten diariamente frente a sus hijos el ritual del odio y el agravio. No son viscosos, no tienen filamentos ni tentáculos. Viven en Pocitos y son atroces. No corresponde a la pequeña porción de crítica que compete a este modesto prólogo proceder al relato de los argumentos de cada cuento, como es costumbre entre nosotros. Prefiero señalar, ahora que ha caído la escenografía con que Prieto antes administraba la dura verdad de sus temas, lo que podría llamarse el cerno de su cuentística: los niños testigos y la casa como elemento determinante del hombre que la habita.

Es en la carne del niño donde se infligen las heridas irrestañables que el hombre conllevará hasta su muerte. Pero Ricardo Prieto sabe otra verdad más terrible: es peor la condición de testigo que la de víctima.

En “La lámpara”, “Donde la claridad misma es noche oscura”, “Niñas con niñeras”, “Otro pescado muerto” y “Manuela”, es decir, en cinco de los siete cuentos que integran el volumen, los niños son testigos, indefensos y silenciosos, del mundo abominable de los adultos. Nadie los agrede o tortura o golpea: esa sucia tarea quedará a cargo de sus propios futuros en los que habrán de sobrellevar el recuerdo de algo monstruoso que no terminaron de comprender. A veces prefieren la muerte.

La página final de “Otro pescado muerto”, es sin duda uno de los grandes momentos de nuestra literatura. Río abajo, noche adentro un adolescente de trece años flota hacia la muerte:

Al final piensa en el amor de que habla la gente, y en lo difícil que le resulta a él sentir algo parecido al amor, a él, que en ese momento, mientras nada, se siente como un animal minúsculo, desarraigado,



ceñido pero también sin límites, como si fuera el mar mismo y anduviera de aquí para allá sin ton ni son. Cuando siente sueño, se pone de espaldas y empieza a flotar. Y flotando boca arriba se aleja por el río huyendo de sus pensamientos, del bosque, de la casa, de los perros y de los padres que son dueños de su vida. Al amanecer, desde la barca donde lo ven, creen que es otro gran pescado muerto flotando a la deriva.

El tema de la casa, un tópico psicoanalítico, aparece en los cuentos “La lámpara”, “Donde la claridad misma es noche oscura”, “Un lugar de este mundo”, “Otro pescado muerto” y “Sin protestar”, es decir, en cinco de los siete cuentos presentados. En cada ocasión la casa significa algo diferente. Es el status social y el dominio (“La lámpara”), es el derrumbe de la finca que va acompañando la degradación del padre (“Donde la claridad misma es noche oscura”), son las paredes que contienen el recuerdo del pasado feliz —juventud, belleza, amor— (“Un lugar de este mundo”),

Mercedes realizó el prólogo al vigésimo número de la sexta serie de Lectores de Banda Oriental. En ese volumen dedicado a Ricardo Prieto se incluían los cuentos *La lámpara*, *Un lugar de este mundo*, *Niñas con niñera*, *Otro pescado muerto*, *Manuela*, *Sin protestar* y el que da título al libro.

Tomado de: Prieto, Ricardo. *Donde la claridad misma es noche oscura*. Ediciones de la Banda Oriental, Montevideo, 1994.

es la opresión, el acoso (“Otro pescado muerto”), es finalmente el último patético refugio alquilado de un solitario (“Sin protestar”).

Como Onetti, Ricardo Prieto ha leído *El Eclesiastés*. Bajo su advocación presenta esta obra y del texto bíblico toma la línea que da título al formidable cuento “Donde la claridad misma es noche oscura”.

Como en la obra de Onetti, en la de Prieto está implícita la nostalgia de la inocencia, la sed de pureza, la melancolía del paraíso perdido. El aparente regodeo en lo abyecto, o los monstruos y los corruptos de ambos escritores no son sino formas de denuncia del mal, y un clamor iracundo por la ausencia del bien.

Dante, el poeta de la salvación lo sabía cuando tuvo que escribir primero el Infierno para que pudiera esplender el Paraíso.

Siempre he creído que el arte no es verdadero si no ayuda a mejorar la mera condición humana; si no es capaz de elevarla, de purificarla del lastre animal. Solo el escritor que ha descendido a los cráteres apagados del dolor es capaz de saber que a veces, el sumo mal no es más que un atajo desesperado para tratar de apresar el bien. ¿Qué cosa, si no, puede explicar que Ricardo Prieto haya podido escribir en un estado de belleza perfecta una historia que congrega las más imperdonables transgresiones? Incesto homosexual y suicidio; una historia de amor nunca esperada que arranca del lector una emocionante piedad.

Buen día osteoporosis

Cómo fue que ocurrió

La primera revelación que creo del caso hacer es que uno llega a viejo sin darse cuenta. A mí, por lo menos, la vejez no me derrotó como a la protagonista del tango “Vieja Recoba”, pero sí me sorprendió.

Tengo que decir que la enorme cantidad de arrugas que tengo me aparecieron todas juntas en un día. Y fue así: desde meses atrás, notaba que la luz del atardecer le quitaba precisión a los números de los omnibuses que pretendía avizorar. Después, ya no era solo a la penumbra del fin del día, sino que, en plena mañana tenía que avanzar tres o cuatro pasos para poder distinguir al 143 del 173.

“¿Qué te pasa ojo de águila? Podrás ser cualquier cosa menos miope. Miope no te tolero”, me dije.

Me mantuve firme hasta el día en que hube de preguntar a una señora que estaba en la parada: “¿Qué número es, por favor?”. Pese a que puse cara y voz de analfabeta, me sentí muy avergonzada.

Me rendí y fui al oculista. Prácticamente desde hacía años, tuve que aceptarme miope. Pasé a integrar ese molesto grupo de personas que no se resigna a los lentes bifocales, esas que usan “los de cerca” y “los de lejos”, esas que fastidian a todo el mundo preguntando, “¿no viste mis lentes?. No, esos no; los otros...”.

Perdía gafas, se me quebraron espejuelos, olvidé quevedos, se me extraviaron estuches, pero lo peor fue que continuamente me equivoqué y llevé “los de leer” a Cinemateca y “los de lejos” a la Biblioteca Nacional.

En fin, que molesté a los demás y me molesté a mí misma hasta que un día cometí la equivocación

En 1995 Mercedes publicó *Buen día osteoporosis*, título inspirado en *Bonjour tristesse* de Françoise Sagan. En ese pequeño libro la autora realiza, con buen humor y mirada crítica, una lúcida reflexión sobre la vejez.

Tomado de: Ramírez, Mercedes. *Buen día osteoporosis*. Graffiti, Montevideo, 1995.